

Juan Fernando Sellés, *Los hábitos intelectuales según Tomás de Aquino*.

Eunsa, Colección de Pensamiento medieval y renacentista, Pamplona, 2007, 665 págs.

Desde su primer trabajo (*Conocer y amar. Estudio de los objetos y operaciones del entendimiento y de la voluntad según Tomás de Aquino*, 1995), los trabajos de Juan Fernando Sellés han realizado la progresión que indica el clásico adagio: del objeto al acto, y del acto al hábito, para lograr de ese modo un acercamiento al núcleo de la persona humana. Tomás de Aquino ha sido centro de sus estudios, algunos compilados y reelaborados en este libro; sin embargo, su mirada al Aquinate tiene un sesgo particular que la diferencia de la hoy abundante bibliografía tomista. Esa orientación la debe a la teoría del conocimiento poliana.

El particular enfoque de este libro no se debe sólo al objeto de su estudio: los *hábitos intelectuales*, pese a que (como afirma el autor) “de los hábitos cognoscitivos tenemos escasos estudios” aunque Santo Tomás les dedicó un considerable espacio en sus escritos. Además, el tema de los hábitos, y más concretamente el de los hábitos intelectuales, no es un tema menor, puesto que en los hábitos encontramos la *perfección de la inteligencia* y su crecimiento; ellos son los “que animan, perfeccionan, el conocimiento humano en sus diversos órdenes y, además, de manera progresiva e irrestricta”.

Su concreta perspectiva radica en la altura de reflexión desde la que se aborda el tema de los hábitos intelectuales. El estudio de ellos ha de retornar al planteamiento de Aristóteles, y cruza la historia de la filosofía encontrando en Tomás de Aquino una fecunda síntesis y una reflexión lograda. Una síntesis y una reflexión que son el centro del trabajo intelectual de Leonardo Polo, autor muy presente en *Los hábitos intelectuales según Tomás de Aquino*. Polo —y con él el autor de este trabajo— sigue la dirección que tanto Aristóteles como Tomás de Aquino marcaron, apoyando su propuesta sobre las operaciones y hábitos intelectuales en ellos, mostrando sus coincidencias pero yendo más allá. Este “más allá” ha sido en ocasiones “una extensión de la reflexión tomista sobre los hábitos” (como afirmaba Polo en su *Curso de teoría del conocimiento*), pero siempre un desarrollo conectado con la filosofía aristotélico-tomista. Así Leonardo Polo —define Sellés— tiene la virtualidad de “haber desarrollado el conocimiento habitual a partir del pensamiento clásico griego y medieval, pero dotando a cada uno de los hábitos de un mayor alcance cognoscitivo y exponiendo con mayor rigor la temática de cada uno de ellos”.

El libro se organiza siguiendo la propia división tomista: en hábitos inferiores (Parte II) y hábitos superiores (Parte III) a lo largo de veintiún capítulos. Estos quedan precedidos por cinco capítulos más (que constituyen la Parte I) y una *Introducción* que aclara la oportunidad, estructura y enfoque del trabajo, así como las cuestiones de justificación temática, engarce de este libro en la investigación personal del autor, y origen de algunos capítulos en determinadas publicaciones previas.

Tras dicha *Introducción* la Primera Parte tiene como fin determinar qué es el hábito, su relación y diferencia con el acto, el hábito como cualidad, la relación jerárquica entre acto, hábito, y el problema del *sujeto* (cap. 1); posteriormente, después de una comprensión de la realidad del hábito desde el planteamiento del Aquinate, pasa a indicar los distintos tipos de hábitos innatos y adquiridos (y en ellos, entre teóricos y prácticos, los adquiridos con o sin repetición de actos, etc.; cap. 2). Sigue el problema epistemológico (cap. 3): ¿cómo conocemos los hábitos adquiridos?, resolviendo la duda frente a una teoría reflexiva desarrollando la intuición tomista sobre la *synderesis* como hábito innato por el que la persona conoce sus hábitos. A estos, a los hábitos innatos por los que la persona conoce, además del ser extramental y el ser personal, a los propios hábitos adquiridos se dedica el capítulo 5, el cual aporta una de las tesis más definitorias de la investigación que realiza el Prof. Sellés: la vinculación de esos hábitos con lo más activo del conocimiento humano: el *intelecto agente*, y dada su altura cognoscitiva, su identificación con el *acto de ser personal* humano (propuesta en la que muestra su fecundidad las tesis de la teoría del conocimiento de Polo, y su comprensión de la *Antropología trascendental*). La conexión de hábitos y libertad (puesto que “la inteligencia es libre cuando adquiere hábitos”) revisando los distintos niveles de libertad (trascendental, categorial, manifestativa...) y la valoración de las aportaciones y deficiencias de las filosofías modernas (cap. 4) completan esa Primera Parte.

La Segunda Parte del trabajo, que es proporcionalmente la mayor en extensión (capítulos 6 a 17), se ocupa de la descripción de los distintos hábitos inferiores, todos ellos adquiridos. Por un lado, los hábitos de abstracción y formales, que lo son de los primeros actos u operaciones de la inteligencia (capítulos 6 a 9), considerando no sólo la descripción de dichos hábitos, sino incorporando —en lo que es una tónica general del libro— interesantes reflexiones sobre las limitaciones de algunas tesis que la historia de la filosofía ha proveído sobre la realidad del conocimiento humano, su realismo y su alcance (considerando, por ejemplo en qué clave se plantea la cuestión sobre el idealismo, realismo o empirismo como posición teórica, la limitación de una comprensión lingüística del conocer, etc.). Por otro lado, los hábitos teó-

ricos (capítulos 10 a 13), lugar en el que son tratados los hábitos que conocen el concepto, el juicio y la demostración, y deteniéndose en el hábito de ciencia al que dedica más extensión, primero para diferenciarlo de otros hábitos y formas de conocimiento; después para definir su objeto o tema, y también para señalar su sujeto, en una cuestión en que el planteamiento tomásiano dejó abierta a sus comentaristas. En tercer y último lugar, son considerados los *hábitos prácticos* (capítulos 14 a 17), quizás los más estudiados en los últimos años y a través de los cuales se ha revitalizado el interés por las doctrinas aristotélica y tomista. Se describen los hábitos prudenciales o vinculados a la prudencia (rectificando la denominación de Tomás de Aquino pues no son “partes potenciales de ella”) que siguen a los actos de la razón práctica: la aprehensión, el consejo, el juicio, y el precepto (imperio o mandato). Tales actos dan pie a una sucesión de hábitos para los que el idioma moderno no ha determinado un vocablo propio (signo claro de la confusión conceptual que hay sobre ellos), por lo que se toman sus denominaciones antiguas: *eubulia*, *solertia*, *eustoquia*, *synesis* (sensatez), *gnome* (o el acierto en casos excepcionales). El apartado de hábitos de la razón práctica se cierra con el tratamiento del *hábito factivo* o de *arte* (cap. 17).

Finalmente, la Tercera Parte trata los hábitos superiores: por un lado, los hábitos innatos, como la *sindéresis* (caps. 18-20) y el hábito de los primeros principios o *intellectus* (caps. 21-23) y finalmente el hábito superior —para Tomás de Aquino adquirido—, el hábito de sabiduría (caps. 24-26). El primero, dirá el autor, nos da acceso cognoscitivo a la naturaleza y esencia humanas en cuanto que por él tenemos noticia de nuestras propias potencias, ya sensitivas o inmateriales (inteligencia y voluntad) y su perfeccionamiento habitual y, por tanto, el que permite conocer la tan discutida hoy en día *ley natural humana*. En segundo lugar, el hábito de los primeros principios (*intellectus*) nos permite el conocimiento del acto de ser extramental y, por tanto, el conocimiento en ultimidad de la realidad no personal, que hace posible el saber metafísico. Finalmente, por el hábito de sabiduría podemos llegar al conocimiento del acto de ser personal humano, su intimidad, sus dimensiones, y su apertura a la trascendencia divina. Desde este hábito se hace posible —según afirma el autor— la construcción de una *Antropología trascendental*. Por lo cual podemos afirmar que la continuación de este escrito debería llevarnos a dos trabajos: la *Antropología trascendental* que publicó Leonardo Polo y cuya inspiración late bajo las páginas de este título que reseñamos, y asimismo el reciente trabajo del autor *Antropología para inconformes* (2ª ed., 2007) que, en forma de manual, presenta los principios de su propia síntesis antropológica.

En conclusión, el libro aporta un estudio de los hábitos intelectuales que no se limita a una mirada textual sobre los escritos de Tomás de Aquino, aunque esté bien afianzada en este sentido, sino que pone en juego los logros tomistas con la necesidad de respuesta intelectual a una sistemática del conocimiento de carácter jerárquico —donde la inspiración de la teoría del conocimiento habitual de Polo es decisiva— en diálogo o confrontación (bastante contenida) con las aportaciones de distintos autores y corrientes filosóficas a la antropología y teoría del conocimiento. De ese modo, se busca, más que un estudio de los hábitos intelectuales “en” Santo Tomás, la construcción “desde” el Aquinate de una teoría sistemática, mirada desde la que, según creo, se comprenderá mejor el esfuerzo del autor y el valor de este libro.

María Idoya Zorroza
 Universidad de Navarra
 e.mail: izorroza@unav.es

Jorge Mario Posada, “Primalidades” de la amistad “de amor”.

Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, nº 2008, Pamplona, Servicio de publicaciones de la Universidad de Navarra, 2008, 104 págs.

Esta publicación consta de cuatro partes a las que preceden una *Introducción* y unas *Consideraciones*. En éstas se distinguen diversas realidades humanas que, a veces, aparecen confundidas en la literatura filosófica: las tendencias de nivel sensible (amor de concupiscencia), la amistad como virtud de la voluntad, y el amor personal. Estas distinciones —ya establecidas por Leonardo Polo— son certeras. El nivel inferior —el apetitivo— pertenece a la *naturaleza humana* (“vida recibida” la llama Polo). El segundo es adquirido en la *esencia humana* (“vida recibida”). El tercero es de orden trascendental y pertenece al *acto de ser* personal humano.

En la *Introducción* se distingue entre el objeto propio de la voluntad, los bienes, y el del amar personal, las personas; distinción asimismo certera. Se indica que “el amor es inseparable de la amistad”. No obstante, es más bien la amistad la que depende del amor; no a la inversa. Por otra parte, describe al bien como “otro que el ser”, “posible de ser”, nociones discutibles, no sólo porque son opuestas a la tesis medieval según la cual bien y ser “sunt idem in re”, sino porque lo que aquí se entiende como “posible de ser” no es distinto de la clásica *posibilidad real*, tanto en el plano de la realidad física, como en el de las realidades culturales humanas susceptibles de ser realiza-